

4-Del golpe de Estado a la guerra civil

UN GOLPE SE CONVIERTE EN GUERRA

La estrategia golpista no contemplaba la posibilidad de una guerra, y de hecho, si más de uno de los que participaron hubieran sabido que acabaría de esta forma, es probable que se lo hubieran pensado. Su idea era promover una rebelión, un golpe de Estado que se diferenciaba muy poco en su factura de los pronunciamientos del siglo XIX.

Cabría preguntarse qué es lo que convirtió un golpe de Estado en guerra civil, pues no todos los golpes devienen en guerras, alcanzan el triunfo o fracasan. A nuestro juicio el hecho de que fracasara parcialmente y de que no triunfara plenamente, y que sin embargo se pretendiera seguir adelante, llevó directamente a la guerra. Además, el fracaso parcial desencadenó una revolución en la zona leal, con lo que se producía el contrasentido de que la misma sublevación originaba la revolución contra la que decía alzarse. No hay que olvidar que ninguna de las organizaciones sindicales y políticas que llevaban años predicando la revolución tenían en aquellos momentos ninguna capacidad para producirla por sí mismas, de manera que la rebelión militar estimuló el proceso de revolución. En aquellos lugares en los que los obreros participaron junto a los militares leales en el proceso de desbaratamiento del golpe, en el momento en el que se repartieron las armas o los obreros las tomaron por sí mismos en los asaltos a cuarteles o armerías, se llegó a un punto sin retorno. El gobierno republicano perdió el control de los acontecimientos porque carecía de instrumentos para acabar con la rebelión, pero también para contener la revolución. El ejército, escindido y mermado en sus efectivos por la sublevación y la licencia de los soldados, no podía restituir el orden público ni reprimir a los golpistas; las fuerzas de seguridad también se habían reducido considerablemente, y en algunos casos, como en el

de la Guardia civil, su lealtad estaba en entredicho, y el aparato judicial no podía cumplir su misión.

El poder del Estado se diluyó y por todas partes aparecieron comités que organizaban todo lo relacionado con la lucha armada, con los golpistas y con la represión de los enemigos de la revolución.

Se produjo entonces una situación de soberanía múltiple; en diferentes lugares de España competían por el poder del Estado multitud de poderes, fruto de la rebelión militar y de cientos de insurrecciones locales. Acabar con el poder de los comités costaría un año, acceder al poder por parte de los rebeldes precisaría una guerra de tres años.

La insurrección tomó forma de huelga general. Antes de que se produjera el golpe ya estaba previsto por parte de las organizaciones obreras que su respuesta sería el paro. La huelga era uno de los elementos claves del repertorio clásico de la revolución, por sí sola tendría la virtud, pensaban, de acabar con el golpismo y de iniciar la revolución.

Es cierto que la huelga resultaba un mecanismo útil para permitir que, libres de sus ocupaciones laborales, los obreros apoyaran de diferentes maneras a quienes se especializaban en el dominio de la calle y el enfrentamiento armado con los adversarios. UGT la convocó bien pronto, a las 20,20 del día 18 y la CNT en Barcelona la fijó para el lunes día 21 y el problema sería después el de siempre, conseguir que se restableciera la normalidad laboral.

No ocurrió lo mismo en la zona en la que triunfó el golpe; sendos bandos militares decretaron la ley marcial y la militarización de la producción, una práctica que se complementó con la detención y asesinatos de miles de trabajadores.

En aquellos lugares en los que comenzó la revolución, el nuevo orden social vino acompañado por los elementos que siempre están presentes, el fuego y la sangre. El fuego actuaba como elemento purificador y así se quemaron los archivos de los ayuntamientos en los que se guardaban los registros de la propiedad; se incendiaron las iglesias, se eliminó físicamente a los enemigos de la clase obrera y de la revolución, se eliminó el dinero, se incautaron empresas, se organizó el

aprovisionamiento por medio de bonos o de vales, se patrullaron las calles y se continuaron con los controles en las entradas y en las salidas de las localidades. Entre la tarde del sábado 18 de Julio y la tarde del domingo se destruyeron decenas de edificios religiosos en Madrid; aquellos que acudían al centro o a coger el metro en Gran Vía vieron cómo ardía la iglesia de San Luis, y cómo una multitud contemplaba, rodeada de banderas anarquistas, la quema y el maltrato a un monje a base de culatazos.(fuente testimonial).Pero no había especial predilección porque fueran católicos, el 19 el primer edificio religioso que ardió en Barcelona fue una iglesia de culto evangelista.

Era el nuevo amanecer de un tiempo en el que hogueras e incendios iluminaban la simbología revolucionaria y ésta venía, como siempre, impregnada de contenidos religiosos pues no en vano habían sido educados por o en contra de la religión. El discurso retórico de redención por la muerte giraba en torno a la sangre del parto del nuevo mundo y al fuego destructor de cuyas cenizas saldría el nuevo mundo. No hacían más que aplicarlo, pensando inocentemente que la muerte de un convecino, de un fraile o la destrucción de una imagen, tras haberle dado unos segundos para permitirle que realizara un milagro que lo impidiera, era capaz de crear una nueva realidad.

Entre los bulos que parecían reales y las noticias que sonaban a fantásticas, nadie sabía qué estaba en realidad ocurriendo, y lo que ocurría simple y llanamente es que se estaban transgrediendo los límites, al amparo de una permisividad por la impotencia de reprimirlos. Como en cualquier episodio iconoclasta se repetía que los derechistas se estaban concentrando en las iglesias y conventos, lo que daba pie en primer lugar, a ocuparlos y en segundo lugar, aunque se comprobara la falsedad de la acusación, a quemarlos.

La violencia se fue extendiendo. Se hablaba de coches fantasmas que sembraban el terror en las calles, y es cierto que cayeron varios ciudadanos en la calle de Alcalá, a la altura de Goya, y en otras ciudades de España, pero también es cierto que varios coches ardieron con este pretexto, sin que tras volcarlos y prenderlos fuego con sus ocupantes dentro se encontraran armas. Los testigos insistían en

que *“desde el interior habían gritado muera el comunismo y arriba España”*(pag.72 de Gregorio Gallego).

Daba igual que fuera cierto o que lo pareciera, y esa fue la tónica a partir de aquel momento, eliminar al contrario, aunque no lo fuera, simplemente porque lo pareciera .Los comités sindicales no tenían recursos para controlar por sus propios medios a quienes entregaran las armas y así camparon libremente los milicianos y quienes no lo eran, porque en aquel momento de revolución todos eran útiles a la hora de empuñar un arma; otra cosa distinta es lo que hicieran con ella.

Comenzaron las incautaciones, las organizaciones obreras y sindicales buscaban edificios en los que se pudieran montar cuarteles generales revolucionarios y los encontraron en iglesias y palacios. Una organización poderosa se merecía un edificio acorde, y en los barrios las organizaciones se fueron apoderando de los lugares en función de su importancia en el mismo.

El barrio se convirtió en la célula básica y lo primero que se articuló fue la función de defensa. Tras el asalto a los cuarteles en algunos había centenares de fusiles y mosquetones, ametralladora, mortero, y pistolas. En algunas barriadas como en Vallecas y en Cuatro Caminos se vanagloriaban de haber arramblado con la mayoría de las armas automáticas y de un cañoncito que guardaban en secreto y que hasta tenía un nombre, el pequeño FAI.

Había muchas cosas por hacer, pensar en cómo se organizarían y qué harían el día después y cómo acabarían con la guerra.

El primero de los problemas al que el barrio tuvo que hacer frente fue el del aprovisionamiento; en los barrios humildes la huelga de la construcción había afectado a los pequeños comerciantes y tenderos. Desde las organizaciones sindicales se les reclamó que siguieran fiando pero pronto se quejaron de que algunos confundían la revolución con el saqueo y amenazaron con cerrar sus comercios si continuaba la práctica de pagar con el UHP, es decir, mostrando la pistola y llevándose el producto.

Se crearon comedores colectivos y se repartieron vales del ayuntamiento de Madrid e incluso se dieron instrucciones a los comités de que no aceptaran vales

que no estuvieran sellados por las organizaciones políticas y sindicales, y de cuyos vales respondía el Círculo de Bellas Artes.

¿Estaba hundido el Estado?

El Estado no llegó a hundirse totalmente y si bien es cierto que quedó absolutamente dañado por el abandono de los puestos de trabajo de muchos funcionarios, también es cierto que desde el mismo día 18 se trató de recomponer en la medida de lo posible.

El mismo Cordón nos refiere cómo es llamado ese día al Ministerio de la Guerra y le comunican que se han quedado en cuadros, y que se considere jefe de personal, porque hay que reorganizarlo todo, pero sobre todo armar a los soldados que deben ir a luchar y encargarse de todo lo que necesiten.

Y si eso sucede en Madrid, que está más próximo al Gobierno, no es extraño pensar las dificultades que entrañaba en otras provincias, en las que los medios de comunicación no eran tan inmediatos como ahora. Si bien hay que aclarar que tanto Casares el poco tiempo que estuvo como Giral en los primeros momentos se dedicaron a dar instrucciones a los Gobernadores civiles precisamente para eso, para evitar el absoluto derrumbe del Estado.

Que el aparato judicial sufrió un serio revés es de todos sabido, pero es no menos cierto que algunas personas se tomaron en serio su tarea. En ese sentido es revelador el testimonio de Gallego cuando narra lo que ocurrió en la cárcel Modelo, y cómo la llegada del presidente del Tribunal Supremo consiguió encauzar los criterios y reducir las actitudes más extremas. *"Haciendo gala y alarde de su alta autoridad, se impuso a todos sin hacer concesiones a interpretaciones caprichosas. Atribuyéndose la máxima responsabilidad, se constituyó en presidente de un tribunal único"*(pág.124)

Otra pregunta clásica es en qué momento comenzó la guerra. Pues bien, dependió de los distintos desenlaces locales de la rebelión. En Cataluña el día 24 de Julio, cuando las columnas que iban a Zaragoza fueron frenadas por los rebeldes; en Madrid el día 22 cuando los militares y milicianos detuvieron el avance de las columnas navarras, de Burgos y Valladolid en la sierra.

Es difícil por tanto establecer un día exacto, y de hecho los observadores extranjeros hablan los primeros días de rebelión militar, más tarde de revolución en España y finalmente el día 28 de Julio, de guerra civil. También es ese día el que la Junta de Defensa Nacional, órgano formal de coordinación rebelde, extendió el Estado de guerra a todo el territorio español y también ese mismo día el que la República autorizaba por decreto la declaración de zonas de guerra. Por lo que podemos deducir que el 28 de julio se ha producido ya el cambio de situación o al menos se ha asimilado la reconversión del golpe en guerra, tanto en el interior de de España como en el exterior. Y es que ese día quedaba meridianamente claro que ninguno de los que a partir de ese momento serían bandos, tenía suficiente capacidad para derrotar de manera inmediata al otro y ese trágico empate hizo posible la guerra civil.

Lo que también vino a influir en el cambio de escala del acontecimiento golpista, fue la intervención extranjera, que posibilitó a Franco el traslado de tropas a la Península; y precisamente el tercer factor que contribuyó a la transformación en guerra fue la territorialización, el hecho de que los sublevados contaran con un territorio bastante amplio en el centro y en el sur y que no tuvieran que ocuparse de la frontera portuguesa, pues el gobierno portugués colaboró con los sublevados, por medio de préstamos, apoyos logísticos y materiales y facilidades de tránsito.

Franco recurrió a la ayuda de Hitler y Mussolini bien pronto, el 23 de Julio solicitaba aviones de combate y de transporte; a partir del 29 de Julio empezaron a llegar a Tetuán una veintena de aviones de transporte Junker 52 y seis cazas Heinkel. Mussolini envió una escuadrilla de doce bombarderos y dos buques mercantes con cazas Fiat C.R. Todos esos medios permitieron que Franco sorteara el bloqueo naval republicano y trasladara las tropas a Andalucía, comenzando el avance sobre Madrid. Por todo ello es evidente que la intervención de Hitler y Mussolini fue definitiva para convertir el golpe de Estado en guerra civil.

EVOLUCIÓN POLÍTICA EN LA ZONA REPUBLICANA

La guerra fue paulatinamente minando a la República y consiguió acabar con ella. Hasta su desaparición, la República pasó por varias etapas.

La **primera etapa** transcurre desde el 19 de julio de 1936 hasta el 4 de Septiembre de 1936, a la cabeza del gobierno está Giral. Es el primer momento en el que hay que resistir al golpe, formar las milicias y en el que se lleva a cabo la revolución y eliminación de todos los símbolos de poder y de las personas de orden. Es evidente que Giral no representaba esa nueva movilización social y política que se había abierto con la rebelión militar, dirigida también contra lo que quedaba del Estado republicano, ni a los múltiples poderes revolucionarios.

La **segunda etapa** se produce el 4 de septiembre de 1937, un periodo en el que Largo Caballero forma un gobierno en el que además de la presidencia de un obrero existen por vez primera en Europa varios ministros comunistas, los anarquistas entrarían dos meses después.

Largo tuvo presente la prioridad de ganar la guerra y en colaboración con las fuerzas políticas y sindicales que luchaban en el bando republicano, intentó la reconstrucción del Estado, la militarización de las milicias, el control y enfriamiento revolucionario y la centralización del poder.

Su dimisión vino provocada por el PCE y por un sector de la ejecutiva del PSOE. La **tercera etapa**, desde Mayo de 1937 hasta el final de la guerra. Negrín llegó al poder, apoyado por Azaña, los republicanos, los socialistas de Prieto y los comunistas. Su objetivo prioritario fue ganar la guerra, e intentó combatir las políticas de no intervención de las potencias democráticas. El último año de la guerra fue un periodo especialmente difícil, de dificultades materiales y militares, de carencia de productos básicos, de pérdidas territoriales y de bombardeos.

EL Gobierno Giral

José Giral se encargó del Gobierno cuando, como decía Azaña, “*nadie quería obedecer y cuando el que más o el que menos engrasaba el coche para fugarse*”.

No contó con muchos apoyos, pero tomó una serie de decisiones que serían decisivas. Entre ellas, la autorización para la distribución de las armas, la petición de ayuda exterior y la utilización de las reservas de oro del Banco de España. Destituyó a los funcionarios sospechosos de deslealtad y dictó las primeras medidas para controlar la violencia en la retaguardia.

La ventaja financiera de la zona republicana era evidente al comienzo de la contienda. El bando rebelde poseía un 70% del producto agrario, y la República tenía un 30%. Pero en términos industriales la situación variaba; los republicanos tenían el 80% del valor del producto industrial y los rebeldes el 20%. Según fuera avanzando la guerra la situación de la República se haría muy difícil. Entre otras cosas porque las ciudades empezaron a acoger a miles de refugiados, con lo que se complicaron las tareas de abastecimiento, ya de por sí difíciles en aquellos momentos y lo único que pudo repartirse fue el hambre. Los rebeldes paliaron su falta de industrias con las ayudas alemanas e italianas.

El 21 de Julio de 1936 se decidió enviar varias toneladas de oro del Banco de España a París, unas cuarenta toneladas que permitieron la compra de armas y municiones antes de que comenzara el Acuerdo de No Intervención, por tanto hay que desmantelar el mito de que Negrín fue el primero que tocó las reservas nacionales.

Se ha repetido hasta la saciedad que fue “*el pueblo en armas*” quien impidió el triunfo del golpe, tal vez porque el mismo Giral así lo indicara cuando recibió a los representantes sindicales y obreros que regresaban de la lucha en los cuarteles, o también Companys cuando recibió a una delegación de la CNT que habían combatido en Barcelona, pero en ambos casos no era del todo cierto. El pueblo tomó las armas más tarde, cuando asaltaron los cuarteles y las armerías, y el peso específico de las operaciones militares contra los sublevados en cualquiera de los casos descansó en el ejército leal, aunque es cierto que la masa actuaba como un segundo cinturón psicológico que con su actitud de coro griego impulsaba a los miembros del ejército a avanzar.

Cuando se formaron milicias, desde el primer momento se pusieron bajo el mando de oficiales leales, aunque lo de bajo el mando fuera algo menos que retórica,

pues no sólo existió una cierta desconfianza hacia el elemento militar, fruto de la ira que producía la actuación de los sublevados, sino que más bien sus instrucciones raras veces eran tenidas en cuenta, y la mayoría de las veces discutidas. El ejemplo más claro lo encontramos en las memorias de Cipriano Mera, que tanto en el ataque a la ciudad de Alcalá como a la de Guadalajara no sólo discute y desoye las instrucciones de una autoridad militar, sino que además escribe el número de bajas mayores que tuvieron aquellos milicianos que siguieron a las autoridades. Ignorar una táctica de guerra era lógicamente frecuente en aquellos hombres que hasta entonces se habían dedicado a otros menesteres y hoy, desde la distancia causan hasta ternura sus actos de indisciplina. Mera, por ejemplo se enfrenta a un militar porque pretende, como era tradicional en el ejército en aquel momento, que se avance en el momento en el que suene un pito, y él dice que les está poniendo nerviosos con tanto pito, y que los milicianos avanzan cada uno cuando les da la gana. Es una confusión de papeles que revela la inocencia de aquellos hombres curtidos en otras tareas. “El pueblo en armas” responsabilizaba de la rebelión a todos los sectores tradicionalmente asociados a la reacción, la burguesía, la oligarquía terrateniente, la Iglesia y a los políticos ligados a ellos. De esa manera, se combinaron las medidas contra los sublevados con otras de corte revolucionario que trataban de dismantelar las bases económicas y sociales.

Companys alimentó de forma inteligente el mito de que los obreros habían sido los únicos defensores de la República. En una ceremonia llena de dramatismo y emoción, en la que participaban los anarquistas recién llegados del frente, “*armados hasta los dientes, descamisados y sucios de polvo y humo*”(pág 295) vino a decirles “*hoy sois los dueños de la ciudad y de Cataluña porque sólo vosotros habéis vencido a los militares fascistas*”, cosa que no era del todo cierta. Y llegó a más, preguntándoles si le necesitaban como Presidente de la Generalidad, porque en caso contrario pasaría a ser un soldado más en la lucha contra el fascismo. Y aquellos hombres, amos de la ciudad, con el pueblo en las calles y el poder político rendido a sus pies, optaron por la colaboración y la democracia .En

realidad, tanto ellos como los dirigentes de la UGT trataron de llevar a cabo una revolución social desestimando el problema central de cualquier revolución política, y así se quedaron en la acción directa, no en la toma revolucionaria del poder.

La Generalidad se quedó en su puesto y las fuerzas armadas se organizarían para continuar la lucha por la liberación armada.

El 21 de Julio se formó el Comité Central de Milicias Antifascistas, compuesto por tres dirigentes de la UGT, uno del PSUC, cinco anarquistas, uno de Esquerra Republicana, uno de la Unió de Rabassaires, uno de Acció Catalana y varios asesores militares. Surgió así un modelo de organización y de poder revolucionario que competía con el gobierno de José Giral en Madrid. No duró mucho tiempo, dos meses, la verdad es que allí nada duraba mucho tiempo, ni tuvo muchos logros en la actividad económica y política de Cataluña; se dedicó más a crear mecanismos de control del orden revolucionario y del reclutamiento y adiestramiento de milicias, y sobre todo a dirigir el mando único de las operaciones de guerra en tierras aragonesas.

George Orwell llegó a Barcelona en diciembre, en una fecha en la que se había acabado la revolución, y describió muy bien la situación *“el aspecto de Barcelona era sobrecogedor(..) casi todos los edificios estaban en poder de los obreros y engalanados con banderas rojas o rojinegras(..)el interior de la mayoría de las iglesias había sido destruido y quemadas sus imágenes(..)en todas las tiendas y bares había inscripciones que decían que se habían colectivizado(..) no había vehículos privados, todos se habían requisado.”*

Las principales señas de identidad de esa revolución fueron las milicias, las colectivizaciones y los comités.

Las milicias eran lo más importante, eran columnas formadas por obreros, campesinos, restos de unidades del ejército y de las fuerzas de seguridad no sublevadas. Juan Perea nos cuenta someramente la organización y composición de la suya, que constituida en los primeros días de Julio de 1936 se denominaron a sí mismos “Legionarios de la muerte”, adoptando como emblema una calavera de plata. La Columna Perea estaba constituida por diversos grupos salidos

voluntariamente de todas las organizaciones y partidos políticos y sindicales antifascistas, de Banca y Bolsa, Caldeiro, Oficios Varios, Pepineros de Leganés, el grupo Piedra y Mármol. Junto a ellos catedráticos, ingenieros, artistas, toreros, boxeadores, maestros, picadores de toros, estudiantes, escritores, y dice *“unas cuantas muchachas de espíritu heroico que supieron poner el perfume de su femineidad y de su ternura entre los sufrimientos de la guerra”*.

En aquellos primeros meses dominaron extensos territorios, crearon por donde pasaban comités revolucionarios, sustituyeron los antiguos ayuntamientos, ajustaron cuentas con las gentes de orden, derechistas y el clero y propagaron la revolución expropiadora y colectivista.

También nacieron las colectivizaciones; se organizaron en las fincas incautadas directamente por grupos armados y por comités revolucionarios o en las tierras cuyos propietarios habían sido asesinados o habían huido. Las coacciones fueron mayores en comarcas elegidas por columnas como centros de operaciones .Era lógico que así fuera, pues se necesitaba abastecer al ejército que combatía.

El Gobierno de Largo Caballero

En reiteradas ocasiones Largo Caballero había rechazado participar en un gobierno en el que no estuvieran representados únicamente los obreros, pero el 4 de Septiembre de 1936, en vista de la marcha de los acontecimientos, aceptó presidir “un gobierno de coalición”, en el que también ocupaba la cartera de la Guerra. Giral pasó a desempeñar un ministerio sin cartera y estaban presentes en el gabinete republicanos, socialistas, nacionalistas y comunistas.

Dos meses más tarde, tras un largo periodo de reflexión, tensión y debates, la CNT renunciaba a uno de sus principios fundamentales, la no participación en política, y entraban en el gobierno Juan Peiró como ministro de Industria, Juan López, ministro de Comercio; Juan García Oliver como ministro de Justicia y Federica Montseny, ministra de Sanidad .

Azaña no vió con buenos ojos la entrada de los anarquistas, como escribiría más tarde, ni tampoco Negrín, quien vino a decir algo así como “¿*Quieren que perdamos la guerra?*”, pero aquel Gabinete empezó a conocerse como “el Gobierno de la Victoria” .

Desde el 1 de Octubre de 1936 Franco era reconocido como jefe de los sublevados, y decidió que había llegado la hora de tomar Madrid, concentrando todos los efectivos militares para la conquista de la capital.

En lugar de organizar la defensa de la capital el Gobierno Republicano determinó su traslado a Valencia .Los anarquistas, que asistían a su primer consejo de ministros, se sintieron burlados. La renuncia a uno de sus principios cardinales había producido malestar entre sus bases y ahora, su fundamentación, el apremio de la guerra, caía por tierra. Se veía como una cobardía. Tras muchas porfías, la medida se aprobó por unanimidad, y se llevó a cabo con el mayor sigilo posible, apareciendo ante la población como una fuga. Cuando la caravana gubernamental pasaba por Tarancón fue zarandeada e insultada y los ministros cenetistas de Industria y Comercio fueron enviados de vuelta a Madrid, viajando a Valencia en avión.

No cabe ninguna duda de que la medida en sí estaba harto justificada, de nada servía un gobierno cercado, era un estorbo para la defensa y más eficaz en libertad, pero no se explicó convenientemente a la población y apareció como una huida precipitada. Madrid se sintió no sólo cercada, sino abandonada a su suerte. La rabia, la impotencia y el miedo salieron a luz y estuvieron en el epicentro de la represión que se llevó a cabo. En aquellos difíciles días de Noviembre volvieron los paseos, las detenciones y las sacas, como lo demuestran los sucesos de Paracuellos.

Antes de su marcha Largo creó una Junta de Defensa, que presidida por el general Miaja, desempeñó la autoridad en el Madrid sitiado hasta el 22 de abril de 1937.

Miaja y según todos los testimonios, Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor, junto con varios jefes militares leales organizaron la defensa con todas las fuerzas disponibles y con la participación de las Brigadas Internacionales.

Buenaventura Durruti murió en los combates, nunca quedó claro cómo, y su entierro en Barcelona fue una auténtica concentración de masas y demostración de duelo.

El Partido Comunista empezó a cobrar importancia en la Junta de Defensa y en la marcha de la República. Su discurso de resistencia y convicción en la victoria se articulaba en torno al orden y la disciplina. Ese discurso producía seguridad y se combinaba con una actitud combativa y un excelente dominio de los medios de propaganda que repetían machaconamente sus aciertos, o convertían en aciertos sus errores. La ayuda soviética y la presencia de las Brigadas Internacionales favorecieron su crecimiento.

Uno de los objetivos prioritarios de Largo fue la consecución de un ejército con mando militar centralizado, y ahí chocó con la resistencia de las milicias a ser militarizadas.

Creó un nuevo Estado Mayor Central, organizó los frentes en cuatro centros de operaciones, Centro, Aragón, Norte y Andalucía, y estableció las Brigadas Mixtas, a las que deberían incorporarse las milicias. Un nuevo cuerpo de comisarios, socialistas, comunistas y sindicalistas de la UGT y de la CNT llevarían la dirección política de la guerra.

CNT también se adhería a ese discurso de unidad y disciplina; el triunfo en la guerra era inconcebible sin una organización y un mando único. No podía seguirse manteniendo la impunidad y el “individualismo” con el que se comportaban los comités locales. Había que acabar con el miedo que sembraban en sus “cacerías de fascistas” o en sus requisas a mano armada. La economía se estaba hundiendo y había que poner orden, el mismo orden que era necesario en la sociedad.

Existía pues un común acuerdo entre ugetistas, cenetistas y comunistas acerca de la multiplicidad de tareas y de la necesidad de llevarlas a cabo. Y todas confluían en una palabra, la unidad. Veríamos cuánto duraba.

En Aragón la mayoría de los milicianos se incorporaron al nuevo ejército, pero los enfrentamientos entre las divisiones comunistas y anarquistas fueron frecuentes; en agosto de 1937, siguiendo con la estrategia de centralización y reorganización

del Estado, se disolvió el Consejo de Aragón y comenzaron a dismantelar las colectivizaciones.

Otro de los objetivos de Largo fue la reconstrucción del poder central .Se sustituyeron los comités revolucionarios por consejos municipales en los que proporcionalmente estaban representadas todas las organizaciones sindicales y partidos antifascistas.

Al mismo tiempo que se disolvían y eliminaban esos micropoderes, Cataluña y Euskadi incrementaron su autonomía. La Generalitat eliminó el Comité Central de Milicias Antifascistas el 26 de septiembre de 1936, creó un ejército propio, tuvo autonomía política y económica y hasta mayo de 1937, ejerció el control de la policía y del orden público.

En Euskadi también se creó un ejército propio, con las ineludibles fricciones con el ejército de la República , se constituyó una policía propia, la Ertzaina, y se controló la economía.

Largo se había propuesto acabar con la violencia y dar paso a la ley. Consiguió involucrar a todas las organizaciones en ese sentido y lo llevó a cabo a través de los consejos municipales y la militarización de las milicias .Perea, que vuelve del frente a Barcelona describe más o menos la situación *"Demasiados hombres jóvenes en Barcelona!(...)una inmensa cantidad de hombres jóvenes movilizables que debían estar en las trincheras y que se paseaban impunemente sin ser molestados por las fuerzas de seguridad"*(pág.191).El mismo Perea nos habla del frente de Aragón al que es destinado como jefe del cuerpo. En Barbastro *"se encontró con la novedad de que se hacía semana inglesa y se practicaba la jornada de ocho horas. Y los domingos al baile, al paseo y al cine. Con una simple orden que produjo honda consternación en aquellos apacibles oficinistas estableció el servicio permanente."*(Perea, pag.203).

Se buscó también la unidad en el plano sindical .En Enero de 1937 volvió a aparecer el viejo sueño de unión del proletariado; se hablaba de " centrales sindicales hermanas" y se asistía a reuniones en ese sentido.CNT proponía la Alianza Obrera Revolucionaria, para que los sindicatos mantuvieran el control

sobre la producción y la vida social y para que los obreros pudieran afianzarse en el Gobierno.

En paralelo a esta situación, los comunistas recibían ofrecimientos de unidad tanto por parte del ala izquierda del PSOE como de la más conservadora. EL PCE había modificado sensiblemente su situación con respecto a 1931 y percibió que podía convertirse en árbitro de la disputa entre las dos facciones.

Largo soportaba las presiones de los comunistas españoles para constituir un gran partido marxista pero consideraba una injerencia en la política internacional la insistencia de los representantes soviéticos. Su política de aplazamiento le valió una campaña de desprestigio por parte de los comunistas que le pasaría factura. Largo había llegado al poder con los mejores auspicios, Kolstov comunicaría a Moscú que era el líder indiscutible, pero ahora se convertía en incómodo.

La caída de Málaga el 8 de febrero de 1937 y la brutal represión que realizaron los franquistas distanció aún más a los comunistas y a Largo. Había motivos para las críticas. El Gobierno no obtenía resultados ni en la disciplina ni en la militarización; existía una descoordinación absoluta entre los propios ministerios, entre estos y el Gobierno central y entre el Gobierno central y los poderes regionales o provinciales. En esas condiciones era imposible organizar una defensa en condiciones.

En un momento determinado Largo propuso a Azaña un gobierno “*con las dos centrales sindicales*” (Santos Juliá, pag.185). Las protestas de los comunistas y del PSOE no se hicieron esperar. Consideraban que los sindicatos invadían una parcela de poder que no les pertenecía; debían limitarse a su función, dejando a los políticos la política.

El 15 de abril de 1937 los comunistas y los socialistas de Prieto decidieron constituir comités de enlace en todos los niveles de sus organizaciones, prescindiendo directamente de UGT. Estaba abierta la lucha entre los partidos y sindicatos, se resolvería en la crisis de mayo.

La crisis de Mayo de 1937

Barcelona tenía unos rasgos particulares en 1937. Contaba con un gobierno autónomo, en el que los republicanos de izquierda estaban ampliamente representados; existía un poderoso movimiento anarquista que ejercía un gran liderazgo sobre el resto del país; el Partido Comunista (PSUC) controlaba a la UGT y estaba enemistado con un pequeño partido de izquierdas que se autoproclamaba revolucionario, el POUM. Desde hacía tiempo había tensiones entre la CNT, UGT y la Generalitat por controlar su economía y existía, como ya vimos, una alta densidad de población, a la que se habían sumado miles de refugiados.

Las armas aparecían por todas partes, en manos de la policía, de los militantes de los diferentes partidos y de los milicianos que habían regresado del frente, y cómo no, no faltaban provocadores. El 3 de Mayo de 1937 un destacamento de la Guardia de Asalto quiso recuperar el edificio de la Telefónica que estaba en manos de los anarquistas desde Julio de 1936.

Fueron recibidos a tiros, y se corrió rápidamente la voz de que la CNT estaba siendo atacada; allí se presentaron cientos de cenetistas armados y miembros del POUM. El conflicto se extendió a toda la ciudad y volvieron las barricadas y los muertos.

La Generalitat y el PSUC hicieron frente a la rebelión, que en definitiva ellos mismos habían provocado y la lucha se prolongó durante varios días. El Gobierno central tenía dispuesto enviar las fuerzas navales y aéreas y algunos cenetistas habían abandonado el frente para venir en auxilio de sus compañeros. Las intervenciones de los ministros y de los dirigentes nacionales de la CNT fueron decisivas para el cese de las hostilidades.

El Gobierno se hizo cargo de los servicios de Orden Público que antes eran competencia de la Generalitat y con el auxilio de los guardias de asalto llegados

desde Valencia y los comunistas del PSUC se restableció el orden. En las calles quedaron cientos de cadáveres, era una guerra dentro de la guerra.

Cuando en Barcelona se había restablecido la normalidad, en Barbastro algunos grupos armados que regresaban del frente, asaltaron un cuartel militar en busca de armas y penetraron en la cárcel, asesinando a ocho presos. No fue el único lugar en el que se produjeron estos desmanes; en Benasque los carabineros fueron desarmados por un grupo de cincuenta hombres armados, entre los que al parecer había fuerzas de Orden Público del Consejo de Aragón e incluso algún consejero, aunque este extremo no se pudo probar.

Los sucesos de Barcelona pusieron de manifiesto todos los problemas que no se habían solucionado desde el principio y que la guerra no había hecho más que acentuar. Los fracasos militares, la incapacidad por parte del gobierno de organizar el aprovisionamiento de la población en guerra y la fragmentación en todos los órdenes y planos que se tocasen.

El 13 de mayo se planteó la crisis de gobierno, cuando los dos representantes comunistas exigieron la cabeza de Largo y la disolución del POUM. Azaña encargó el gobierno a Negrín y las dos organizaciones sindicales desaparecieron del gabinete. Un mes más tarde el POUM era declarado al margen de la ley.

El Gobierno de Negrín

La crisis de mayo permitió que Azaña recuperara la iniciativa y encargara el Gobierno a Negrín, cuando todos esperaban que fuera Prieto el elegido. En realidad fue el propio Azaña quien prefirió su *“tranquila energía”* y valoró su actuación como ministro de Hacienda durante la guerra. Conviene resaltar esto para no reiterar la falsedad de que los comunistas presionaron para que accediera al poder. También pesaron razones de índoles internacionales. Desde hacía tiempo Azaña creía que la República no podría ganar la guerra y que llegaría un momento en el que las potencias internacionales deberían mediar. No conocía a Franco, quien en ningún momento estuvo dispuesto a una solución negociada.

Negrín formó un gobierno de Frente Popular. Prieto y Zugazagoitia, socialistas; Uribe y Hernández, comunistas, Giral, republicano de izquierda, Bernardo Giner de los Ríos, de Unión Republicana, Aiguader, de Esquerra Republicana e Irujo del PNV.

Se volvía a la política del Frente Popular al tiempo que declinaba el poder sindical, inmersas ambas organizaciones en una profunda crisis. En UGT existían divergencias entre los que preconizaban la independencia con respecto al Partido y quienes eran partidarios de una acción conjunta. La elección del Presidente del PSOE, Ramón González Peña, acabó con la autonomía de UGT.

En CNT también había problemas; la ejecutiva creía haberse equivocado al haber rechazado un puesto en el Gobierno de Negrín, pero por otra parte algunos grupos pensaban que había que regresar a los principios de no intervención en política.

Tras la crisis de Mayo se produjo el desplazamiento de poder desde los sindicatos a los partidos políticos del Frente Popular y la persecución del POUM por parte del PSUC, hasta conseguir su eliminación política.

El Gobierno de Negrín se decantaba claramente hacia la izquierda, - tres socialistas, dos comunistas y cuatro republicanos, de los cuales dos eran nacionalistas-, pero era más susceptible de ser aceptado por los gobiernos internacionales. Y eso era importante, porque los esfuerzos de Negrín debían ir encaminados a la consolidación de la autoridad gubernamental en materia de orden público y guerra y en la búsqueda de la mediación internacional según Azaña.

Ninguna guerra podía ser ganada con la indisciplina y desbarajuste en la retaguardia, por lo que se asumieron las competencias de orden público y se disolvió el Consejo de Aragón. Se encarceló a centenares de cenetistas y se sustituyeron los consejos municipales que aquellos controlaban por comisiones gestoras nombradas por el Gobierno.

Se procedió al desmantelamiento de las colectividades y a la incautación de sus bienes, devolviendo las tierras a sus propietarios. En esta tarea fueron igual de eficaces las fuerzas de seguridad y la XI División que mandaba Enrique Lister.

El ascenso del PCE en la política nacional tuvo su colofón en la disolución del POUM y en la persecución de sus dirigentes y posterior asesinato de Andreu Nin (ver capítulo Víctimas de este trabajo).

Cuando cayó el frente Norte, la República se vio desprovista de sus recursos mineros y de su industria y los franquistas consolidaron su superioridad militar. Entonces se necesitaba que la industria de guerra catalana fuera capaz de abastecer al ejército republicano y para ello se desplazó al gobierno de la Generalitat de su dirección y se restringió la autonomía que todavía poseían los sindicatos en la gestión empresarial. En el sector metalúrgico se fue más lejos, a la requisita directa, y esto suponía el fin de la colectivización y del poder sindical. Aunque la conquista de Teruel supuso un éxito republicano, duró poco tiempo en sus manos; el 9 de marzo de 1938 comenzó una ofensiva franquista y en tres semanas caía el frente de Aragón; el 15 de abril de 1938 ya habían conquistado algunas zonas catalanas y llegaban a Vinaroz.

Estas derrotas agudizaron más las discrepancias entre los partidarios de proseguir la guerra y quienes deseaban negociar una rendición con apoyo franco-británico. Entre estos últimos destacaban Azaña y Prieto y desde luego era un contrasentido mantener a este último en la cartera de Defensa, cuando pensaba que no había nada que defender, sino conseguir una paz airosa. Negrín decidió sustituirle por estos motivos y no como siempre pensó Prieto porque así lo hubieran exigido los comunistas.

Desde hacía un tiempo el PCE tenía un papel hegemónico en la coalición del Frente Popular y pretendía crear el Partido Único del proletariado. El crecimiento del Partido Comunista en el seno del ejército había sido espectacular. Las razones nos las explica muy bien Cordón, que ingresó en él poco tiempo después del golpe de Estado. *“Vi(...) que el Partido Comunista, en la vanguardia de todas las fuerzas políticas democráticas, levantaba la bandera del verdadero patriotismo, que era la de la unidad de acción de todas ellas contra el fascismo, la de la organización y realización del necesario esfuerzo común para lograr la victoria”*

El PCE se presentaba pues como el adalid de la resistencia, y en una época de crisis en las organizaciones políticas y sindicales, su cohesión interna su disciplina

y determinación resultaban muy atractivos. No podemos olvidar el papel de los asesores soviéticos y cómo la ayuda soviética permitió su injerencia en los asuntos hispanos.

Perea nos habla de los “comités de control” encargados exclusivamente de la depuración del personal, que protegían a cuantos aceptaban el carnet del partido y de su labor de captación. Y es todavía más explícito cuando refiere *“La caída de Largo acrecentó la influencia de este partido y “agentes secretos de los más extraños servicios, con carnet comunista(..) penetraban en los puestos de mando de los jefes de unidades para llevarse detenidos a todos los sospechosos”*(pág.132-133)

Algunos, como Prieto, se quejaban de su hegemonía y abogaban por la profesionalización del ejército, la pérdida de atribuciones de los comisarios políticos a favor de los mandos militares y la prohibición de hacer proselitismo. En Abril una nueva crisis obligó a que Negrín remodelara su gobierno; las novedades más importantes eran que él mismo asumía también la cartera de Defensa y la ausencia de Prieto. Regresaron al Gabinete dos sindicalistas, González Peña, de UGT, y Segundo Blanco, de CNT. Junto a ellos, Uribe, comunista, Álvarez del Vayo, socialista, Aiguader, de Esquerra Republicana, Giner de los Ríos y Méndez Aspe, republicanos. Sin cartera, Giral e Irujo.

Se trataba de un “Gobierno nacional”, un gobierno de guerra, con un programa en común al que todos denominaron los “trece puntos de Negrín.” Deseaba la independencia e integridad territorial de España, aseguraba el respeto a la propiedad privada y la libertad de conciencia y de religión, y preconizaba una amnistía política general cuando concluyera la guerra.

Negrín era consciente de que era necesario que se modificara la política de no Intervención para que sobreviviera la República y en esa dirección impulsó sus acciones. Si no conseguía que Francia y el Reino Unido intervinieran, se contentaba con que presionaran a las potencias fascistas para que convencieran a Franco de la necesidad de una paz negociada.

En el verano de 1938 las cosas parecieron cambiar para la República; comenzaba la batalla del Ebro y se obtenía un crédito de la URSS, lo que suponía un balón de

oxígeno para la empobrecida Hacienda republicana. Pero la firma del pacto de Munich no sólo supuso la aniquilación de Checoslovaquia, sino también la de la República española.

Negrín tenía muy claros sus fines, resistir hasta que estallara la guerra que se avecinaba en Europa o en el peor de los casos, resistir para mantener una posición de fuerza a la hora de negociar y así evitar las represalias.

La desunión, una constante en la II República, apareció de nuevo y desde el corazón de la República se atacó la actitud de Negrín, su insistencia en resistir, su dependencia de la Unión Soviética y del PCE.

El hambre y el derrotismo hacían mella en la población, pero el final de la República vino determinado por el golpe del coronel Casado, jefe del ejército de Franco. Sus objetivos eran cristalinos, la destitución de Negrín y la negociación con Franco.

Algunos apoyos de Casado llamaban la atención. Julián Besteiro, socialista, y Cipriano Mera, anarquista y jefe del IV Cuerpo del Ejército. El 5 de Marzo de 1939 un nuevo golpe de Estado surgía en España y como siempre los combates fueron intensos. Sólo en Madrid hubo más de dos mil muertos. Los sublevados aplastaron la resistencia y confiaron en la clemencia de Franco. Pronto comprendieron su inocencia.

LA EVOLUCIÓN POLÍTICA DE LA ZONA SUBLEVADA

Tras el golpe de Estado, una de las características de la zona sublevada fue la fragmentación de la autoridad política; el fracaso del pronunciamiento y la dispersión geográfica permitían que Mola, Queipo de Llano y Franco actuaran prácticamente por su cuenta.

Con el tiempo se vio la conveniencia de que existiera una unidad de mando, sobre todo desde el punto de vista militar, y Franco, que tanto había dilatado su participación, vio paulatinamente despejado el camino de posibles rivales y accedió al poder único.

Sanjurjo falleció en un accidente de aviación el 20 de julio de 1936 en Portugal, cuando se disponía a dirigirse a España. Los generales Goded y Fanjul habían fracasado en el golpe de Barcelona y Madrid y habían sido fusilados. José Calvo Sotelo, posible candidato ultraderechista había sido asesinado el 13 de Julio y Jose Antonio Primo de Rivera estaba preso en Alicante.

Queipo de Llano tenía un pasado republicano y eso lo hacía sospechoso; quedaba Mola, que había preparado la conspiración y la rebelión como el Director.

Desde el primer momento Franco jugó sus bazas políticas, presentándose ante los periodistas y diplomáticos como el principal general sublevado y enviando peticiones de ayuda a los alemanes e italianos.

Es cierto que Mola también lo había hecho, pero al parecer sus contactos eran de menor nivel que los de Franco, y fueron los alemanes quienes señalaron la necesidad de que existiera un mando único que garantizara la recepción de la ayuda militar.

Existen algunos datos que nos hablan del interés de Franco por situarse en la salida de la carrera política con ventaja .Mientras que Mola destacaba por su austeridad, Franco elegía palacios significativos como lugar de residencia, una constante que se repetiría hasta su muerte. Un palacio en Sevilla, el de los Golfines, del siglo XVI en Cáceres, el palacio episcopal de Salamanca , el de en Burgos y finalmente el palacio del Pardo. El marco arquitectónico en el que se desenvolvía su actividad transfería una categoría a sus funciones.

El segundo rasgo que le caracterizó desde el primer momento fue su inaccesibilidad.La existencia de una camarilla hacía prácticamente imposible el acceso directo a su persona, protegida por una guardia mora, que al tiempo que velaba por su seguridad, le otorgaba una condición de especificidad y le singularizaba..Cuando se conseguía traspasar esas barreras, tanto periodistas como diplomáticos, se encontraban con una personalidad desconcertante, en la que no había resquicio para transmitir las emociones, sino una frialdad y determinación en llevar a cabo sus propósitos, cualesquiera que estos fueran. Repetía continuamente una consigna, *“No ha de temblarme el pulso”*. Es verdad, no le tembló nunca..El espíritu militar y la percepción mesiánica que de sí mismo

tuvo, le permitieron mantener esa dureza de carácter que él consideraba firmeza. Transmitía una confianza ilimitada en sus dotes de estratega, por mucho que en ocasiones se equivocara, reconvirtiendo sus fracasos en riesgos calculados, y aparentaba una fe ciega en la victoria y una extremada seguridad en sí mismo. Prudente, lento en sus reacciones porque sopesaba los pros y los contras o simplemente porque permitía que el tiempo decidiera por él, existía un rasgo en su personalidad que se trasluce continuamente, su incapacidad para aceptar los éxitos de quienes le rodeaban, minimizándolos, ignorándolos o criticándolos, como en el caso de los italianos o de sus compañeros de armas. Esta actitud, que pudiera traslucir una inseguridad o un acomplejamiento, le llevaba a ver enemigos por todas partes y sospechosos de querer arrebatarle primero el prestigio y después el poder. Envidiaba, en suma, a todo aquel que pudiera hacerle sombra, ya fuera Jose Antonio, Mola o Queipo de Llano. Su personalidad, tan compleja, era susceptible a la adulación, y pronto se rodeó, otro extremo que le diferenciaba de sus competidores políticos, de un grupo familiar y de simpatía que le alejaba del común de los mortales y le distinguía. Estaba por encima del bien y del mal y presto a caer en las glorias de la pompa y el ornato. Era el único que contaba con un equipo de campaña política destinado a conseguir que se convirtiera en jefe de Gobierno y luego en jefe del Estado. En ese equipo, presidido por su hermano Nicolás, quien controlaba absolutamente todo, tenían un papel esencial Jose Antonio de Sangróniz, el teniente coronel Martinez Fuset y Millán Astray. Cada uno de ellos se encargaba de un cometido, ya fueran las relaciones diplomáticas o la prensa.

El mando único, Octubre de 1936

La muerte de Sanjurjo privó a los sublevados de la oportunidad de un jefe indiscutido entre los mandos y los grupos políticos. El 21 de Julio de 1936 Mola creó una mínima estructura administrativa, la Junta de Defensa Nacional, que

actuaría como Gobierno Provisional. Sin contar con nadie, eligió como Presidente al general Cabanellas, y determinó que formaran parte de la misma el propio Mola, Queipo, Franco, Saliquet, Dávila y los coroneles Montaner y Moreno Calderón. Los militares de alta graduación implicados no protestaron además de por el prestigio que Mola tenía entre ellos, porque las auténticas responsabilidades durante los primeros meses estuvieron en manos de los tres jefes militares, Franco, Queipo y Mola, el *“triumvirato militar”* al que se refería Franco.

Las medidas políticas tomadas por la Junta de Defensa fueron irrelevantes y fue evidente el policentrismo entre los sublevados. Sobre todo la existencia de dos focos que actuaban cada uno por su cuenta y riesgo, Queipo y los carlistas. Queipo nombraba a los gobernadores civiles y tomaba medidas de gobierno sin consultar con nadie. Gobernaba Andalucía como si de un feudo propio se tratara. El segundo poder político que actuaba de forma autónoma era el carlismo, que llegó a crear un germen de Estado. En Navarra articuló una organización paraestatal y tomó una serie de medidas que implicaban un ejercicio de soberanía y el olvido de la existencia de una autoridad central.

Pronto se hizo evidente que para el desarrollo de los acontecimientos bélicos era precisa la existencia de un mando único y Kindelán llevaba ya algún tiempo proponiendo a Franco que lo planteara, aunque éste en apariencia no mostraba ningún interés. A petición de Franco, el 21 de septiembre de 1936 se reunió la Junta de Defensa en las proximidades de Salamanca y se invitó a una serie de generales adicionales, Orgaz, Gil Yuste y Kindelán, los tres monárquicos, pero fundamentalmente fieles a Franco, que curiosamente tuvieron voz y voto en la reunión.

Sólo Cabanellas se mostró contrario al mando único, defendía la jefatura de una Junta o directorio, De la reunión ha trascendido lógicamente la jefatura de Franco, pero también la impresión de Mola de que esa jefatura era transitoria, hasta que acabara la guerra, y las certeras palabras de Cabanellas que advertían a sus compañeros de que Franco no aceptaría la transitoriedad del puesto, sino que lo consideraría definitivo.

Franco supo jugar sus bazas, como siempre había sabido convertir sus dilaciones en precauciones, y pesó mucho en el ánimo de quienes le votaron la impresión de que era el más capacitado para llevar a cabo una política internacional, como lo demostraba el interés de los alemanes por su jefatura única, convenientemente trasladado a los reunidos por su hermano Nicolás que acababa de llegar de Portugal.

Tras ser designado Generalísimo, Franco decidió desviarse a Toledo en lugar de dirigir sus tropas a Madrid. A posteriori justificaría ese error militar, que permitió a la República organizar sus defensas, diciendo que fue un error consciente por el carácter simbólico que tenía Toledo entre los sublevados. Toledo formaba parte de la geografía mítica joseantoniana, y de hecho en la preguerra Jose Antonio y su círculo íntimo acudían allí en busca de ese magnetismo imperial (Inmaculada Fuente "La roja y la falangista") que querían recobrar triturando a la República. Franco se dirigió a la ciudad del Tajo haciendo uso de una metáfora, el salvador de los héroes sitiados aparecería como el salvador de España.

Cuando el 1 de Octubre de 1936 Franco fue investido Jefe del Gobierno del Estado español, título que aligeró significativamente por el de Jefe del Estado, dio comienzo el ceremonial y la pompa del que nunca más se desprendería. La guardia de honor, tres compañías de soldados y de milicias falangistas y carlistas le recibirían en Burgos junto con una ingente multitud que le aclamaba al grito de ¡*Franco, Franco, Franco!*. En presencia de los diplomáticos portugueses, alemanes e italianos, Cabanellas cedió formalmente los poderes de la Junta y Franco aseguró en su discurso que la victoria estaba de su parte y que su mano estaría siempre firme en la defensa de España. A continuación salió a saludar al balcón y le recibió una delirante multitud con el brazo en alto.

La Junta de Burgos se disolvió y fue sustituida por una Junta Técnica del Estado, presidida por el general Dávila. Orgaz fue nombrado Alto Comisario de Marruecos, Mola recibió el mando del ejército del Norte, Queipo el del Sur y Cabanellas quedaría marginado en un puesto sin importancia.

A partir de ese momento, por mimesis con el estilo fascista, se emprendió una campaña propagandística que acabaría convirtiendo a Franco en una figura

gigantesca .Franco no era un simple militar, sino un soldado de Dios que debía luchar contra quienes atentaban contra la fe y la cultura. Era algo más que un condottiero, similar al Führer o al Duce, un Caudillo, término que le emparentaba no sólo con los anteriores, sino con los guerreros medievales .

La Iglesia vino en auxilio de Franco. Convertido en Jefe del Estado, intensificó su religiosidad pública y privada, interiorizando la pastoral del obispo de Salamanca .Enrique Pla y Deniel había hecho pública el 20 de septiembre de 1936 la postura oficial de la Iglesia católica en “Las dos ciudades”. Haciendo una analogía con San Agustín, la ciudad de Dios correspondía a la de los sublevados, y en ella todo era heroísmo militar y reinaba el amor de Dios. Por el contrario, en la ciudad terrenal malvivían los republicanos a medio camino entre el salvajismo y la barbarie, dominados por la anarquía y el comunismo.

El grado de comunión entre la causa sublevada y los intereses eclesiásticos fue a partir de ese momento absoluto. La supremacía de la Iglesia católica se había visto amenazada por las políticas laicas republicanas y la persecución eclesiástica había inclinado a la Iglesia hacia los sublevados. El mensaje religioso de fraternidad se trastocó en una justificación de la violencia. No había lugar a dudas, era un apoyo explícito a los alzados.

La simbiosis entre Franco y la Iglesia constituyó una unión duradera, en la que ambos participantes obtendrían beneficios .A Franco el apoyo y bendición de la Iglesia le permitieron distanciarse del fascismo, limpiar su imagen y ofrecer un aspecto menos peligroso en el damero europeo, obteniendo de paso algunos apoyos, como en el caso de los parlamentarios conservadores británicos.

A la Iglesia le preocupó menos la responsabilidad moral de apoyar explícitamente a uno de los contendientes que los beneficios que podría obtener en un futuro .El cardenal Gomá escribía al secretario de Estado del Vaticano, cardenal Pacelli, futuro Pio XII, *“hay el propósito de respetar la libertad de la iglesia, de fomentar los intereses de la religión católica, de invitar a la Santa Sede a un Concordato, de atender a las necesidades temporales de la Iglesia y de sus ministros, de defender la enseñanza y darle un sentido francamente cristiano en todos sus grados”*.

Dejó de hablarse de guerra y empezó a manejarse el término Cruzada, con lo que ello implicaba. Un cruzado había sido elegido por Dios y ungido por la Iglesia para llevar a cabo la tarea de reconquistar no sólo el espacio físico sino a sus moradores para la causa de la religión católica.

Al tiempo que aumentaban las manifestaciones públicas de religiosidad, eran patentes las ideas de grandeza de Franco. Comenzó a salir bajo palio de las iglesias, una prerrogativa regia, y empezó a desplegar un despotismo asiático. La imagen de Franco estaba por todas partes y lemas del tipo "*Los césares eran generales invictos .!Franco!*" aparecían por las paredes. El aparato de propaganda incidía en mitificar el genio político y militar de Franco, y éste, humildemente, acató su destino.

La elección de sus colaboradores en esta primera etapa no fue muy acertada. Nicolás Franco, secretario político, había estado bien para confabular en un primer momento, pero no parecía el más indicado para tratar con los alemanes, a quienes desquiciaban sus horarios y hábitos de trabajo, sobre todo su costumbre de tenerles horas y horas esperando.

Millán Astray, Jefe de Prensa y propaganda, seguía actuando como si se encontrara en un cuartel, convocando a los periodistas a golpe de silbato. Era un dechado de buenas maneras si se le comparaba con el conde de Alba y Yeltes, encargado de la prensa de la zona Norte quien asustaba a los periodistas extranjeros con aquello de "*Tenemos que matar, matar y matar*", y la alarma no provenía de semejantes términos, sino de la constatación diaria de que la construcción del nuevo Estado se llevaba a cabo con la eliminación física del oponente, la destrucción de todos los símbolos y políticos de la República y el deseo de alcanzar una rotunda victoria sin que hubiera espacio para una paz negociada.

Existían dos organizaciones que habían colaborado eficazmente en la sublevación, Falange y el carlismo .Ambas fueron conscientemente neutralizadas .Franco no estaba dispuesto a que ninguna de ellas intentara dar una orientación al nuevo régimen que preveía.

Falange Española había crecido vertiginosamente en los primeros meses de la guerra, atrayendo entre otros a antiguos militantes de la CEDA y a multitud de personas que antes no se habían interesado por la política. En aquellos momentos era una organización capitidisminuída tanto en cuanto sus líderes estaban presos . Jose Antonio Primo de Rivera era un preso incómodo para Franco. Había sido crítico con la colaboración con el ejército por temor a que se empleara a Falange como carne de cañón, y tenía además una revolución social pendiente. Líder carismático y dotado de energía e inteligencia es probable que si hubiera vivido, Franco no hubiera podido someter a Falange a su antojo.

Hubo varios intentos fallidos de liberar a Jose Antonio y existió también la posibilidad de un canje de prisioneros, como en otros casos, pero si Franco no mostró resistencias, al menos quedó patente su pasividad. En público se guardaba de mostrar la antipatía que sentía por el personaje, pero son conocidos sus comentarios despectivos en la intimidad.

El 20 de Noviembre de 1936 Jose Antonio fue fusilado en la cárcel de Alicante y Franco no aceptó públicamente su muerte hasta dos años más tarde; si lo hubiera hecho, se habría desencadenado el proceso por la Jefatura de Falange. Una organización acéfala era más manejable.

Falange había perdido en poco tiempo a sus dirigentes más capacitados. Onésimo Redondo había muerto el 24 de Julio en un enfrentamiento con las milicias republicanas. Ruiz de Alda y Fernando Primo de Rivera habían sido asesinados en agosto en la cárcel Modelo de Madrid, e igual suerte había corrido en octubre Ramiro Ledesma Ramos. Raimundo Fernández Cuesta permanecía en prisión, no fue canjeado hasta octubre de 1937, y Rafael Sánchez Mazas, también preso, no consiguió escapar de un fusilamiento colectivo hasta antes de finalizar la guerra.

El 2 de septiembre de 1936 se había creado en Valladolid una Junta de Mando provisional de Falange, presidida por Manuel Hedilla, quien hasta entonces se había encargado de la formación de las milicias falangistas .Esa Junta se había trasladado en Octubre a Salamanca y cuando el 21 de noviembre llegaron a esta ciudad las noticias de la muerte de Jose Antonio, en plena celebración del Tercer Consejo Nacional de Falange Española, Hedilla cometió el error de silenciarla.

Jose Antonio se convirtió en el Ausente y Franco utilizó su culto para apoderarse de Falange. Se apropió de sus símbolos y de sus gestos para ocultar su auténtico desarme ideológico. Dejó vacío el liderazgo del partido y usó la organización como un mecanismo controlado de movilización política de la población civil.

Los carlistas representaban otro potencial peligro para Franco. Desde finales de Octubre, Fal Conde, Jefe Delegado de la Comunión Tradicionalista y presidente de la Junta Central, que contaba con una sección militar y otra política, venía reclamando autonomía para el carlismo. El 8 de Diciembre, con el beneplácito de Mola, los carlistas crearon una Real Academia Militar de Requetés, con el fin de ir sustituyendo las bajas que se produjeran en la contienda.

Franco comunicó a Fal Conde que consideraba la creación de la Academia militar como un golpe de Estado, no había sitio más que para una autoridad militar en la zona sublevada, y le dio 48 horas para abandonar España o hacer frente a un Consejo de guerra. El exilio de Fal Conde en Portugal libró a Franco de un posible oponente. A continuación, un decreto militarizaba los tres grupos de milicias, la Falange, CEDA y carlistas, y los colocaba bajo el mando del coronel Monasterio.

Lenta pero implacablemente, Franco se ocupaba de neutralizar las potenciales amenazas a su liderazgo personal a largo plazo entre los distintos grupos de derechas.

Con la CEDA fue relativamente sencillo. Había desaparecido y sus militantes habían engrosado las filas de Falange. Gil Robles no era bien visto en la zona rebelde, se consideraba que su táctica legalista había traicionado los intereses de la derecha. Exiliado en Portugal, no había acudido a la llamada de Mola para que en Burgos prestara auxilio a la sublevación, y esta actitud le pasaría una factura. En realidad, no eran más que excusas, su futuro político estaba en entredicho desde el momento en el que Franco no estaba dispuesto a consentir personalidades fuertes y acostumbradas a la política a su lado. El primer mes de la guerra actuó como intermediario extraoficial entre Franco y Oliveira Salazar, adquirió armas y recaudó dinero para la causa rebelde. Pero cuando se trasladó a la Península fue recibido con hostilidad, no en vano el entorno franquista había desarrollado una campaña de desprestigio en torno a su persona.

Los monárquicos no constituían ningún peligro para Franco. Ni habían alcanzado nunca un importante número de seguidores, ni tenían un verdadero poder de base. En Diciembre de 1936 don Juan de Borbón pidió permiso a Franco para participar en la contienda a su lado. Deseaba unirse a la fragata Baleares y prometía abstenerse de cualquier contacto político. La respuesta de Franco tardó en llegar, y cuando lo hizo, le pedía que se sacrificara porque no podía garantizar su seguridad.

Los falangistas conocieron “sotto voce” que se le había negado la entrada al heredero y a los alfonsinos se les despachó diciendo que *“si algún día volvía a haber un rey, tenía que tener carácter de pacificador, nunca debería contarse entre los vencedores”*,

La forma de dirigir la guerra de Franco no gozaba de simpatías entre los alemanes y los italianos, pues mientras ellos eran partidarios de una guerra rápida, que liberara pronto hombres y material de guerra, el Generalísimo optaba por una guerra lenta, que asegurara el territorio gracias a la labor de limpieza social. A pesar de las disensiones, tanto alemanes como italianos optaron por seguir enviando soldados y material bélico, preferían que no perdiera la guerra. Franco, a cambio, tuvo que tolerar algunas iniciativas, como la de los italianos en Málaga aunque luego minimizó el éxito de las operaciones.

Precisamente en Málaga comenzó a darse un fenómeno que sería frecuente, la intercesión de los santos en la guerra, siempre a favor de Franco. En una de las maletas abandonadas por el Gobernador de Málaga, se encontró uno de los brazos incorruptos de Santa Teresa que había estado tiempo antes en el monasterio de las carmelitas de Ronda. La propaganda eclesiástica vio en esto una inequívoca señal de protección para la causa franquista. Santa Teresa se convirtió en la Santa de la Raza y la especial protectora de Franco, quien no se desprendió jamás de la reliquia, ni siquiera en su lecho de muerte. La Cruzada tenía a la primera de su tríada bienhechora, más tarde vendrían Santiago y la Virgen del Pilar.

Las relaciones de Franco con los italianos no fueron muy fluidas, además de la pésima impresión que unos gozaban de los otros, el Gobierno italiano estaba

sobrecogido por la terrible represión que se llevaba a cabo en la retaguardia. Franco no estaba dispuesto a que se criticara ni la forma de acometer la guerra ni mucho menos su sentido de la justicia, máxime cuando defendía su política como “*una política de clemencia humana y equitativa*”(declaraciones de Franco al periodista inglés Randolph Churchill en Preston,p.287)

El decreto de Unificación, abril de 1937

En una fecha tan temprana como Agosto de 1936 Franco había manifestado la necesidad de “*una unificación de ideas y de establecer una ideología común entre el ejército, Falange, los monárquicos y la CEDA*”(pg.245 de Preston)e incluso su hermano Nicolás había intentado formar un Partido Único, a la manera de la Unión Patriótica de la Dictadura, teniendo que desistir por el poder de Falange.

En el fondo Franco había decidido hacía algún tiempo que lo más conveniente para el país era la concentración de poder en sus manos, por ello las presiones italianas para que creara un partido único caerían en un terreno abonado.

La llegada de Serrano Suñer a Salamanca en febrero de 1937, preso hasta entonces en zona republicana, fue de gran utilidad para Franco, su cuñado. Experto en derecho administrativo, puso las bases jurídicas del nuevo Estado que lejos del “*estado campamental*” que había existido hasta entonces, se aproximara a un Estado fascista. Su plan era complicado, crear un movimiento de masas a partir de la unión de Falange y de la Comunión Tradicionalista. Pero poseían una gran ventaja, las acefalías de los distintos grupos políticos.

Serrano Súñer había formado parte del círculo personal de Jose Antonio y como tal era aceptado por los legitimistas, camisas viejas y camisas nuevas, había militado en la CEDA y tenía amigos dentro de los monárquicos, pero su mayor baza ante Franco era que no poseía tras de si una base de seguidores. Sus lazos familiares y sus indudables dotes intelectuales harían el resto.

Desde la muerte de Jose Antonio distintos grupos pugnaban en el seno de Falange por la obtención del poder. Por un lado, Hedilla, junto con Víctor de la

Serna y Maximiano García Venero Por otro, los “legitimistas”, familiares y amigos de Jose Antonio, liderados por los jefes de las milicias, Agustín Aznar y Sancho Dávila.

Todo inclina a pensar que tanto Hedilla como Aznar fueron manejados por el cuartel general de Franco. Al primero se le hizo creer que aunque el Generalísimo fuera el Jefe nominal de la nueva organización, él se convertiría en el jefe ejecutivo de hecho.

El 16 de abril de 1937 los legitimistas, conscientes del deseo de Hedilla de convertirse en jefe de Falange, disolvieron la Junta de Mando provisional que él presidía y nombraron un triunvirato formado por Aznar, Dávila y José Moreno. Salamanca empezó a albergar a falangistas armados de ambos bandos y circularon los rumores de que era inminente una confrontación entre ellos.

No había más que tener calma. Aquella misma noche Hedilla envió a un grupo de hombres a detener a Dávila y en el enfrentamiento murieron Alonso Goya, jefe provincial de las milicias de Santander y Peral, un escolta de Dávila. La detención de Dávila, Garcerán y Aznar convenció a Hedilla de que Franco estaba de su parte.

El 18 de abril un Consejo Nacional de Falange elegía a Hedilla Jefe nacional, con la condición de su provisionalidad, mientras que no regresaran José Antonio Primo de Rivera o Raimundo Fernández Cuesta.

Hedilla no identificó a su enemigo, pensaba que el peligro provenía de los legitimistas e ignoraba las intenciones de Franco. Propuso la redacción de una Ponencia que fijara las bases indispensables para el Estado nacionalsindicalista. Pretendía señalar el camino del nuevo Estado y del Partido unificado, haciendo prevalecer el dominio de Falange .La mejor descripción de Hedilla la realizó Cantalupo, el representante italiano, “*un digno adversario de Franco, al igual que él es un don nadie, un alma simple, de una estrepitosa falta de cultura, un mentecato sin sentido político*”(pág.329 de Preston).Cantalupo pudo captar la personalidad de Hedilla, pero es evidente que se equivocó con su oponente.

El 19 de abril de 1937 se publicaba el Decreto de Unificación, elaborado por Serrano Súñer. Falange y los requetés se unían bajo la Jefatura de Franco en

“una sola entidad política nacional”. El nuevo partido, más notable por la longitud de su nombre que por su contenido ideológico, se denominaría Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS). El resto de los partidos que habían contribuido a la contienda quedaban excluidos.

Como era previsible, la unificación no agradó a los falangistas. Pilar Primo de Rivera escribiría más tarde *“Estaba en León, donde a través de la radio, nos enteramos de lo que sucedía y, la verdad, nos sentó muy mal sobre todo porque aún no sabíamos a ciencia cierta la muerte de José Antonio; se le seguía considerando el Ausente, y esa sustitución, aunque fuera por Franco en la Jefatura de la Falange no nos gustó nada”*.

Manuel Hedilla fue en ese momento consciente de la traición de Franco, quien le otorgaba un simple cargo de vocal de la Junta política del nuevo partido. Intentó enfrentarse, rechazándolo y oponiéndose a la unificación, pero ya era tarde. El 25 de abril de 1937 fue arrestado con otros falangistas disidentes, acusado de “adhesión a la rebelión” y resistencia al cumplimiento del decreto de unificación, por lo que fue condenado a muerte. Pilar Primo de Rivera y Serrano Súñer intercedieron por él, pero quizás pesaron más los consejos del embajador alemán, quien advirtió del peligro de crear mártires. Se le condonó por una prisión durante cuatro años.

Lo ocurrido a Hedilla sirvió a falangistas y a carlistas de advertencia ante una posible disidencia. Falange, y a la cabeza de ella los familiares y amigos de José Antonio, se convirtió en una organización posibilista. Tomó conciencia de la maquinación de quien había fagocitado el liderazgo del Ausente gracias a su víctima, pero adquirió la certeza de quién había triunfado, por lo que se aprestó a la colaboración con Franco. Los revolucionarios perdían su identidad a cambio de su permanencia.

El resto de los partidos actuó de forma consecuente. Los carlistas acataron la unificación, Renovación Española se autodisolvió y Gil Robles dio instrucciones para que su partido aceptara el decreto de Unificación. El nuevo partido se puso

en marcha sin problemas, con la impronta de la religión católica cada vez más evidente.

Mola era uno de los competidores más claro, y de hecho Franco siempre había tenido esa percepción. Incluso Hitler veía con agrado su papel en un futuro. El 3 de Junio de 1937 el avión de Mola se estrelló cerca de Alcocero, un pueblo de Burgos .La versión oficial aludía a que debido a la niebla el aparato había chocado contra una colina. Circularon rumores de sabotaje., pero es posible que el aparato en el que viajaba, un Airspeed A.S. 6 Envoy, de construcción británica, fuera tiroteado erróneamente por los franquistas, confundiéndolo con un aparato republicano. En cualquier caso, el camino hacia el poder de Franco quedaba absolutamente expedito.

La Jefatura de Franco se convirtió en un hecho incuestionable y él tuvo un exquisito cuidado en contentar a los diferentes bandos, de manera que los representantes de los distintos grupos tuvieron unos puestos significativos en el nuevo partido .En el Consejo Nacional de FET y de las JONS , veinticinco eran falangistas, cinco monárquicos, ocho militares y doce tradicionalistas. Entre los militares se encontraba Queipo, de quien no se podía prescindir en aquel momento, por mucho que incomodara su independencia .A principios de Diciembre Raimundo Fernández Cuesta, el “camisa vieja” con más prestigio en aquel momento, que había sido canjeado por Justino Azcárate, era nombrado Secretario de la FET y de las JONS. Se cerraba así el círculo de la domesticación de Falange.

El nuevo partido constituyó más una maquinaria de reparto de cargos que de movilización social, y acogió en su seno a ex militantes de la CEDA y del carlismo que tuvieron ante sí “un campo muy despejado para medrar”. De hecho, ningún antiguo Jefe de Falange, con la excepción de los hedillistas, quedó sin cargo. Pilar Primo de Rivera se encargaría de Sección Femenina, Mercedes Sanz Bachiller, viuda de Onésimo Redondo, de Acción Social.

La creación del nuevo Estado, enero de 1938

Mientras Franco se ocupaba de la guerra y de las difíciles relaciones con sus aliados alemanes e italianos, la Iglesia extendía sobre él su manto protector y le prestaba sus edificios y su liturgia para unas representaciones teatrales que retrotraían a los espectadores al siglo XVI. No era la Cruzada medieval, como en un primer momento, sino el esplendor del Siglo de Oro el que se ponía en escena, teniendo cuidado en no inspirarse en Felipe II cuyo reinado se consideraba el comienzo de la decadencia española. El yugo y las flechas, las águilas imperiales, bandas de tambores y cornetas ataviados a la usanza del siglo XVI se combinaban en las ceremonias con imágenes de mármol de Cristo y el pendón de las Navas de Tolosa. Casi todas estas escenografías eran diseñadas por Dionisio Ridruejo y eran más del agrado de Franco que las pro-nazis de Serrano Súñer, al menos se sentía más cómodo en ellas.

El proyecto de creación del nuevo Estado requería muchos esfuerzos de Serrano Súñer, su arquitecto, quien además de gestarlo, debía convencer a Franco de su conveniencia. Los primeros pasos se dieron en el verano de 1937, cuando el general Gómez Jordana sustituyó a Dávila en la presidencia de la Junta Técnica del Estado.

El 30 de Enero de 1938 Franco nombró su primer gobierno, y como en el caso del Partido, los cargos estuvieron cuidadosamente repartidos entre militares, carlistas, falangistas y monárquicos.

Si se observaba con atención se percibía que los militares controlaban los ministerios militares y de orden público; los falangistas el movimiento sindical y los ministerios sociales; los católicos, tradicionalistas o antiguos cedistas Educación y Justicia, y finalmente, cualificados desde el punto de vista técnico, abogados, juristas o ingenieros, los ministerios económicos.

Serrano Súñer se convirtió en Ministro de Gobernación y pantalla de la figura de Franco. El general Gómez Jordana fue elegido ministro de Asuntos Exteriores, el

general Martínez Anido, de Orden Público; el general Dávila de Defensa Nacional ;Andrés Amado, de Acción Española ,ministro de Hacienda .Pedro Sáinz Rodríguez, monárquico, Educación. Alfonso Peña Boeuf, ingeniero, ministro de Obras Públicas. Juan Antonio Suanzes, ingeniero naval, ministro de Industria y Comercio. Tomás Domínguez de Arévalo, conde de Rodezno, carlista, ministro de Justicia. Pedro González Bueno, “camisa nueva”, Jefe de Organización y Acción Sindical, Fernández Cuesta, “camisa vieja”, ministro de Agricultura.

Franco permitió que sus ministros ejecutaran su propia política siempre y cuando se ajustaran a la línea política general acordada en el Consejo de Ministros, lugar en el que él mismo ejercía de árbitro.

Uno de los primeros actos políticos del nuevo Gobierno fue la elaboración del Fuero de Trabajo, aprobado el 9 de Marzo de 1938.Ese Fuero, inspirado en modelos italianos, garantizaba a los españoles *“la Patria, el pan y la Justicia en un estilo militar y seriamente religioso”*.

El nuevo Estado tomaba préstamos del fascismo y del catolicismo y los reinterpretaba. Se exaltaba al líder como Caudillo, se empleaba la camisa azul y el saludo brazo en alto y al tiempo resurgían los rituales y manifestaciones religiosas, procesiones, misas de campaña o misas de Acción de gracias..

Podríamos decir que caminaron en paralelo la fascistización progresiva del aparato de Estado y la restauración de la vida religiosa.

El fascismo otorgó una radicalización a los proyectos y praxis contrarrevolucionarias y se fundió con la restauración de la esencia de España, incidiendo en la identificación entre el catolicismo y la identidad nacional.

Así podía leerse *“España debe ser católica, entera, grande, libre, debe ser una en la fe, una en la geografía, una en historia, una en Imperio”*.

Monseñor Tarancón visitó Salamanca en aquella época y anotó en sus memorias su sorpresa ante el discurso guerrero del representante eclesiástico, y el discurso religioso del representante del Gobierno.

Los valores dominantes en la vida cotidiana se vieron impregnados de catolicismo, jerarquía y puritanismo .Desde bien pronto existió una doble moral acerca de algunos temas como la prostitución. Se produjo un rebrote de la misma, entre

otras cosas por necesidades económicas y por la creciente demanda de las tropas, pero el discurso prohibía el “tráfico carnal” y penalizaba con la cárcel a las mujeres que la practicasen.

La vida intelectual era pobre y monótona; sólo tenían atractivo entre las masas las vidas de los santos y las descripciones de las atrocidades rojas. No era extraño, pues grandes piras quemaban ingentes cantidades de libros que pudieran contener alguna doctrina sediciosa. Como si de un mantra se tratara, la propaganda repetía monocordamente *“Honor-Franco-Fe-Franco-Autoridad-Franco-Justicia-Franco-Austeridad-Franco”*. Todo adquiría un color gris y chabacano, y en ese contexto Azaña pasaba a ser un monstruo creado por Frankenstein pero nacido de mujer, y los ministros republicanos pervertidos sexuales sin ninguna excepción.

En la primera reunión del Gobierno de Franco el 3 de febrero de 1938 se decidió revisar toda la legislación laica de la II República y se derogaron, entre otras, la Ley de Matrimonio civil, la Ley de Confesiones y de Congregaciones religiosas. Es evidente que la Iglesia comenzaba a obtener sus primeros frutos de su apoyo condicional a la causa franquista, y en junio de 1938 el representante del nuevo Estado ante la Santa Sede lo ponía de manifiesto: *“Ha devuelto ya el crucifijo y la enseñanza religiosa a las escuelas, ha derogado la ley de matrimonio civil, ha suspendido el divorcio, ha restaurado la Compañía de Jesús, ha reconocido en letras oficiales la personalidad de la Iglesia católica como una sociedad perfecta, ha decretado los efectos civiles y sociales, la santidad de las festividades religiosas y ha llevado al Fuero del Trabajo una concepción auténticamente católica y española”* (Julián Casanova)

Con todo, el nuevo Estado desprendía una sensación de provisionalidad y se caracterizaba por una propensión fascista y una radical indefinición que en definitiva traslucían el creciente poder de Franco. Un discurso del Caudillo pronunciado el 18 de Julio de 1938 alertaba ante las posibles disidencias *“El espíritu de crítica y reserva es cosa liberal que no tiene arraigo en el campo de nuestro Movimiento(..) , su tónica es militar y monástica y a la disciplina y*

patriotismo de aquella ha de unirse la fe y el fervor de lo religioso"(Santos Juliá, pag.408).

Como señala Cardona en estos momentos el estado de ánimo de Franco era de efervescencia , no sólo estaba convencido de la victoria, sino de su condición de estadista favorecido por la Providencia. En ese estado de ánimo tenía bastante que ver Serrano Suñer, su consejero aúlico, que recibía las críticas más o menos veladas de los ministros y miembros del Partido que temían dirigirlas hacia Franco.